

misterioso, indefinible. No se pueden apartar de ella los ojos. La boca es desdeñosa, airada, llena de esa miel amarga que sólo se encuentra en Córcega. Los ojos negros y fijos, muy abiertos, no son menos enigmáticos. Si miran, es hácia dentro, miran su ensueño ó su pasión. Esto le da aire extraño de una diosa de la buena ventura, de una Sibila morisca, descendiente de los cartagineses ó de los sarracenos, cuyas tumbas se encuentran cerca de Ajaccio y cuya posteridad en el Niolo. Tiene el aire sombrío de una profetisa de desdichas ó de esas voceratrices que siguen los entierros, no con llantos de dolor, sino con gritos de venganza.» Lo que no se habían atrevido ni á indicar estos escritores republicanos en el silencio de su gabinete, fiándolo á la finura y al colorido de su pluma, lo dijo bárbaramente Pascual Grousset como si en vez de encontrarse ante un tribunal se encontrara en una taberna.

Las imprudencias de los republicanos fueron largamente compensadas por las adulaciones de los bonapartistas. Todos ellos decían las mayores falsedades sobre el carácter de Pedro Bonaparte y todos atiborraban al perverso acusado de embriagador incienso. Bajaban ante él con reverencia la frente y le decían con afectación *Alteza*; como si en vez de hallarse asentado sobre el duro banquillo de los asesinos, se hallara sobre el trono de los Césares ó sobre el ara de los dioses. Distinguíase entre todos un hombre menudillo, oscuro; uno de esos tipos que parecen destinados á herir nuestro orgullo y á demostrar nuestro parentesco estrecho con el mono; doctor en medicina, según él, charlatan ridículo según todos; una especie de sacamuelas de callejón, de titiritero de plaza; inventor del Agua de las hadas; publicista de esos anuncios laudatorios que han llegado á crear una literatura estrambótica; bufon á la altura de su príncipe; contando con el candor más natural y con la sencillez más ingénu que como Bonaparte le relatara todo el suce-

so y concluyera preguntándole ¿qué hubiera usted hecho en mi caso? «yo, respondiéndole, yo, señor, en el caso de V. A. hubiera matado á los dos.» Estas barbaridades indicaban bien el extremo de exaltación á que habían llegado los ánimos, y como en esa exaltación terrible se había perdido el sentimiento moral y se había apagado la humana conciencia.

Pero sigamos. Un capitán retirado deponía en pró del valor de Pedro Bonaparte á quien se acusaba de haber sido desertor en África. El bueno del capitán quería decir mucho de agradable, no sólo al acusado, sino á toda su excelsa dinastía. «Le he conocido, decía, en África, y todos admirábamos su heroísmo y su mirada de águila, tan propia de su familia.» Oír que todos los Bonapartes tenían la mirada de águila, y reírse á mandíbulas batientes la concurrencia, fué lo más natural que suceder podía. Pero el príncipe se volvió á Clemente Laurier, abogado acusador, como si quisiera también asesinarlo, con el gesto más altivo, con las palabras más áceras, en la actitud más feroz y en la postura más irreverente, como provocándolo á un combate. El abogado ofendido se dirigía al Presidente en demanda de defensa; el Presidente cortaba la palabra al acusado con su voz y con su campanilla; pero Pedro Bonaparte fuera de sí, ébrio de cólera, gritaba: «Os habeis reído de mi camarada Touchet, que tiene el pecho atravesado por una bala de los enemigos de Francia.» «Y vos, dice una palabra airadísima, tonante, que sale del fondo de la sala, vos habeis asesinado á Víctor Noir.» Profunda impresión causa aquella voz que parece salida de todas las conciencias. Un rápido, instantáneo silencio sigue, como si cada cual entrara dentro de sí, para reconocer y afirmar aquel terrible aserto. Al silencio sucede una explosión de gritos, de amenazas, de insultos, de palabras malsonantes, de mútuas invectivas que encierran cólera tempestuosa y siniestra venganza. Fonvielle, el compañero de Víctor Noir, des-

peinado el cabello, fuera de las órbitas los ojos, descompuesta la barba, vibrantes los labios, rechinando los dientes, crispadas las manos, presa todo él de una grande exaltación moral y de un fuerte ataque nervioso, alzado de pié sobre su banco, grita con toda la fuerza de sus pulmones aumentada por la sobrecitación de su carácter y de su temperamento: «Asesino, asesino, asesino.» Y salta del banco y se dirige al acusado como si quisiera matarlo. Los unos gritan: detenedle; los otros gritan: no le dejes pasar; los otros: retirad al príncipe. El Presidente y el Jurado se ponen de pié; el público se arremolina en grupos amenazadores como si se apercebiera á un combate; las damas gritan ó se desmayan; los gendarmes se acercan á Fonvielle y lo detienen violentamente; la guardia del palacio toma las armas, cala las bayonetas, ocupa las puertas; el Príncipe es retirado del salón de la Audiencia y conducido á una cámara vecina; y numerosos esbirros, dignos miembros de la policía secreta, corsos criminales y vengativos, acarician sus rompe-cabezas y gritan señalando á los republicanos, matadlos, matadlos.

Entre todos estos incidentes á la verdad terribles, hay uno sencillo, tierno, el cual refrigera con las lágrimas, que provoca, á la manera de celestial rocío, aquella seca y tempestuosa atmósfera de odios. Es la presencia de la hermana y de la novia de Víctor Noir, de aquellos dos hermosos ángeles, de aquellas dos delicadas criaturas, sencillas, modestas, que sólo saben buscar, como las alondras, la luz; que sólo saben sentir el amor; ambas heridas por el plomo asesino en las alas del alma, en mitad del corazón, más aun que su amante y que su hermano.

¡Oh! ¿De qué manera cuenta la una los cuidados que pasaba por el joven, las atenciones que le tenía, el cariño que le profesaba, las prendas que le regalaba, y el afecto que reci-

B.

bia en cambio de aquel corazón candoroso como el corazón de un niño, y de qué manera cuenta la otra su pasión purísima, su amor elevado á culto, los proyectos para un porvenir dichoso, la proximidad del enlace querido de toda la familia é impacientemente deseado por las dos almas enamoradas, para confundirse ante Dios y los hombres, ante los altares y la sociedad, en una sola alma! Nuestros deberes de ciudadano, nuestras pasiones de partido, nuestros combates de hombres; el odio que nos ciega, el huracán que nos arrastra ¡ah! se llevan tras de sí, y hieren, y ahogan, y matan en sus trombas á las pobres mujeres, todas amor, todas ternura; que no han combatido, que no han odiado; que invocan al Dios de las misericordias mientras nosotros invocábamos al demonio de la venganza; que lloran y rezan mientras nosotros nos reíamos y nos gozábamos quizá en la pelea; limpias de toda mancha, libres de todo mal pensamiento, inocentes de todo pecado; y sin embargo las más castigadas por lo mismo que son las más sensibles; mártires de nuestras discordias, víctimas de nuestras culpas.

Del proceso resultó que Pedro Bonaparte asesinó con premeditación y ensañamiento á Víctor Noir. Y de la sentencia resultó que Pedro Bonaparte fué absolutamente absuelto y puesto inmediatamente en libertad. Hé ahí, pues, el escándalo de los escándalos. Profunda herida recibió la dinastía con el crimen, más profunda con el proceso, profundísima, mortal, incurable con la definitiva sentencia. Aquella grande infamia desconoció los principios elementales de justicia y puso al príncipe, al César, á los suyos, fuera de la humanidad, justificando hasta los criminales proyectos de los que intentaban perseguirlos, rematarlos como se persigue y se remata á las fieras en las selvas. Luego semejante burla al derecho y á la justicia universal, semejante carta blanca dada al poderoso para satisfacer en el débil todos sus apetitos, hería el sentimiento más

77

vivo, más arraigado en el corazón de los franceses, el sentimiento que ha sobrevivido á todas las reacciones, aquel que no han podido matar ni dos golpes de Estado, ni dos Imperios, ni la restauración; en una palabra, el sentimiento de igualdad. Así la sentencia

absolvió al príncipe, pero asesinó á la dinastía. Ya no tiene remedio, recorrerá su órbita ese astro siniestro, irá del proceso al plebiscito, del plebiscito á la guerra, de la guerra á la ruina y al destronamiento. ¡Hay Providencia!

CAPITULO XXVI.

EL PLEBISCITO.

Este nombre viene de las antiguos comicios por tribus, donde el pueblo, la plebe, daba leyes propuestas por los tribunos, y en cuya redacción, sanción y promulgación, nada tenían que ver, ni la aristocracia ni el Senado. Allí, donde la ciudad estaba dividida en clases, el nombre de plebe cuadraba perfectamente á la clase inferior, y el nombre de plebiscito á sus disposiciones y á sus decretos. Pero entre nosotros, en esta sociedad profundamente democrática, donde las clases han desaparecido y se han borrado en la igualdad de derechos políticos, en la igualdad de aptitudes para conseguirlos y practicarlos, el plebiscito tiene sentido claro y concreto de ley dada por todos los ciudadanos en pública y solemne votación.

La idea del plebiscito era una idea esencialmente napoleónica. Por plebiscitos se sancionaron los golpes de Estado y por plebiscitos se dieron las constituciones imperiales. Napoleón no olvidaba jamás el carácter latino de su autoridad, la sombra de Roma extendiéndose sobre su trono; y se creía por su espada

jefe del ejército, imperator; y por su diadema jefe del pueblo, César.

Este nombre de César resumía toda una política y encerraba todo un ideal. Este nombre era el genio, corrompido y corruptor, sin más ley que sus inspiraciones, ni más títulos que sus victorias, yendo después de haber pasado por los campos de batalla como el águila por las tempestades sin quemarse las gigantes alas á destruir el Senado y las antiguas magistraturas republicanas con pretexto de haber sido falseadas por el orgullo de los patricios y la codicia de los caballeros, sobre cuyos huesos ofrecidos en gigantesca inmolación á las furias de la venganza, alzabase, erguiase una dictadura gigantesca, colosal, secular, que repartía trigo sacado de la annona pública y daba fiestas pagadas del público erario al pueblo, para que entregase, á cambio de estas fáciles y rápidas satisfacciones de su estómago y de sus ojos, el derecho, la dignidad y la conciencia.

Napoleón III sabía bien que no le era dado frisar con la magnitud de tan grande genio.